

Discurso del doctor Pomponio Guzmán

Excelentísimo señor, señores:

Marco Fidel Suárez ha muerto! Esta es la noticia que circula por todos los ámbitos del país, conmoviendo en este momento las fibras del patriotismo que exalta la memoria del gran repúblico y mueve los espíritus hacia un sentimiento de justicia que rinda al varón egregio el homenaje de admiración y respeto que los pueblos tributan a sus hombres eminentes.

Por eso, al cerrar los ojos el modesto ciudadano, para dormir el último sueño, la nación se consagra perpetuamente a la recomendación de las benéficas virtudes y talentos de quien dedicó una larga vida de merecimientos y de sacrificios al servicio de Dios y de la patria. Así es como la mente y la voluntad y el corazón de los colombianos, ante el misterioso silencio del sepulcro, acallan la gritería de las pasiones que hasta ayer alimentaban la injusticia, la envidia o el odio, ensañadas con el constante afán por empañar el límpido cristal donde ahora aparece transparente la vida pública y privada del señor excelentísimo que honró el solio de los presidentes de la república; que en media centuria llenó con su inteligencia, su ilustración y su patriotismo la historia colombiana, y cuyos despojos vais a depositar en este sarcófago que los guardará en la tierra en tanto que el espíritu que los animó, ennoblecido y glorificado, vive en la mansión de la paz.

No podían faltar en este concierto de los pueblos, de los poderes públicos y de las entidades oficiales y religiosas que a una voz expresan su dolor, la Asamblea de Cundinamarca y el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Han querido acaso que quien lleve su representación no sea el más autorizado por los dones de la elocuen-

cia, sino aquel de sus individuos en quien sobresalgan el mayor afecto y un sentimiento profundo, íntimo, de admiración, de respeto y de amistad, tan puras como vehementes hacia su ilustre amigo. Sólo de esta manera podréis explicaros mi presencia en esta tribuna, después de que la palabra elocuente de notables oradores os han expresado aquí cuán eximia es la personalidad, y cuántos y y preciados fueron los méritos del señor Suárez y los servicios que prestó a la república.

Advertiréis cómo la emoción que me embarga, el dolor que me conmueve, ante la consumación del misterio de la muerte, son más expresivos que el elogio que pueda yo hacer del ciudadano eminente, del humanista y del filólogo consumado, del magistrado integérrimo, del eximio patriota, del incomparable escritor, del apologista genial, del jefe de partido cuyo empeño se cifró en mantener unidas las huestes de la colectividad política que representaba y en acrisolar las doctrinas de que era avanzado paladín, no menos que las virtudes que lo señalaban como esforzado campeón de la Iglesia de Jesucristo, campo en el cual unía a la profundidad de la doctrina los esplendores de la fe, que iluminaban su entendimiento privilegiado y la pureza de su vida, dechado de austeridad.

No sería mi débil voz la que se atreva a iluminar el lienzo que reproduzca la fisonomía moral e intelectual de don Marco Fidel Suárez, porque los rasgos de su vida y la magna obra que realizó, lo acreditan entre vosotros, que conocéis su personalidad augusta, como varón de pensamiento. Bástame señalar algunos de los materiales para que los recoja el historiador.

Como ciudadano, es modelo perfecto en la democracia americana, porque abre los ojos en humilde cortijo y por

su propio esfuerzo penetra en los arcanos de la ciencia y sube hasta las más elevadas cumbres del perfeccionamiento moral, intelectual y político, sin que le arredre la carencia absoluta de recursos materiales y sin que lo detengan en su camino las zarzas con que tropezaba a cada paso, ni la falta de medios de otro linaje, que lo privan del arma de defensa con que suelen contar los hombres en cuyo medio florecen la posición social, los caudales y el apoyo de la familia. Vedlo si nó, armado solamente de un gran carácter y de una voluntad firme, de una perseverancia pasmosa y de la paciencia que él tanto recomendaba, salir de la humilde aldea donde vio la luz, recorrer el camino erizado de peligros y dificultades, vencer los riscos que parecían detenerlo en su carrera, hasta conquistar la altura conquistando el nombre de gran ciudadano, desde los puestos más humildes, en escuelas y colegios, en la administración pública, en el magisterio, en el parlamento, en la diplomacia, en el periódico, en el libro, en la academia, y ceñirse por último la banda tricolor de los presidentes de Colombia.

Humanista y filólogo, deja grabado su nombre con áureas letras que lo señalan como uno de los exponentes de la cultura intelectual de la América latina, y como príncipe de las letras castellanas. En vano intentaría yo ensayar una crítica científica para realzar las circunstancias particulares sobre las obras del señor Suárez, cuyo genio literario y artístico habrá de ser analizado por la palabra y por la pluma de quienes tengan autoridad científica pora ello, y porque la fama de su nombre se dilata por todos los ángulos de Hispanoamérica y de la Madre Patria con la de los más notables compatriotas de Cervantes, de los dos Luises, de Vives, de Menéndez Pelayo.

Entre las joyas de la literatura castellana y de la apologética, la oración de Jesucristo es obra magistral,

de incomparable valor. Sus discursos académicos realizan el ideal literario más refinado por la pureza del lenguaje, por lo acerado del razonamiento, por la fluidez del concepto, por el estilo que los caracteriza, por su novedad y sencillez, unidos a una ilustrada y pasmosa erudición.

En el parlamento, su oratoria carece del esplendor que daba a la palabra y a la frase la escuela romántica del siglo pasado, pero su discurso, modelado en la escuela inglesa, es siempre una sencilla exposición que agota la materia y pone fin al debate, dejando en el auditorio la convicción y el entusiasmo.

Raras y múltiples son las condiciones que debe tener el hombre de estado, entre las cuales puede señalarse la ilustración, el patriotismo, la versación en los negocios públicos, el conocimiento de los hombres y la más absoluta probidad. Ninguna de estas cualidades aisladamente hacen al hombre de estado; reunidas, tampoco forman al estadista. Es necesario que a tiempo que concurren simultáneamente, estén unidas por un dón especial, como el que inspira a los grandes artistas. Ese dón lo poseía el señor Suárez, y por eso supo combinar y utilizar sus notables condiciones de inteligencia y de ilustración, de patriotismo y de probidad, para ponerlas al servicio de la patria.

Las dotes del estadista, que exaltan tanto la personalidad del señor Suárez, las pudo ejercitar en grado eminente como jefe de partido, como primer canciller de la República y como presidente de Colombia.

Los verdaderos conductores políticos no suelen recibir la investidura por medio de nombramientos como se disciernen los empleos públicos, sino que por la inteligencia, los talentos, el prestigio entre sus conciudadanos, y por el conjunto de merecimientos que los caracterizan, llegan a imprimir, acaso sin saberlo, la di-

rección de la política de una colectividad. Gladstone, Maura, Bismarck, no recibieron nombramiento alguno que los acreditara jefes de partido, y, sin embargo, fueron ellos en su hora los conductores de la política inglesa, española y alemana, en un período trascendental de la vida de aquellas grandes naciones. Y nosotros podríamos recordar a Santander y a Mariano Ospina, a Murillo y a Núñez, a Carlos Holguín y a Miguel Antonio Caro, eminentes jefes, consagrados así por el país, pero sin que nadie les hubiese extendido credencial. Tal aconteció con el señor Suárez. El ha sido el jefe nato del partido conservador durante varios lustros: su poderosa inteligencia, las eximias dotes de periodista y de escritor, su desprendimiento extremado, las acendradas doctrinas políticas que profesaba y el amor de la patria, que era uno de sus cultos venerandos, le dieron tal prestigio en la nación, que su palabra era guía y norte de la colectividad política a que pertenecía, no obstante los embates de pequeños grupos empeñados siempre en torcer y extraviar las naturales corrientes del partido. Ese nombre que él sabía darse en los últimos tiempos de «Campanero de la unión», esmalta su alteza de miras y es ejemplo saludable, en el cual deben mirarse nuestros hombres públicos, llamados a reemplazarlo en la dirección de los destinos del partido conservador.

Pero de todas las actividades del eminente hombre, ninguna fue más eficaz, ninguna más benéfica, ninguna más trascendental para la república, que aquella que desarrolló en la cancillería de San Carlos, tan notable y tan prolongada como la que inmortalizó el nombre del barón de Río Branco en la América portuguesa. Para esa difícil labor se preparó en el ministerio de relaciones exteriores, ejercitándose primero como amanuense, luego como oficial secundario y como secre-

tario, para asumir después la dirección de nuestros negocios internacionales, ya como ministro, ya como presidente de la república, y por último como presidente de la comisión de relaciones exteriores, desde donde imprimía a nuestra cancillería, con sus vastos conocimientos y experiencia, con el dón del consejo frío y prudente y con la sagacidad y discreción de un diplomático consumado, la dirección de tan arduos e intrincados negocios. Las enmarañadas cuestiones de límites con nuestros vecinos, a cuyo conocimiento y estudio dedicó la mayor parte de su vida, obtuvieron solución decorosa y conveniente para la república, mediante su eficaz e inteligente dirección. El tratado con la Unión americana, que puso término a la más grave cuestión internacional, salvando el honor de la patria y previniendo mayores males, fue obra maestra de nuestro gran internacionalista. Pero lo que sobresale, lo que maravilla y caracteriza la política que preconizó el señor Suárez, en los negociados exteriores, es el criterio de compromiso, de ductibilidad, que dominaba en sus apreciaciones y que le permitía encontrar la solución más acertada y conveniente por las circunstancias de la hora, a los más difíciles problemas. Y digo que maravilla esta sobresaliente nota de nuestro internacionalista y diplomático, porque tan preciada cualidad no se consigue sino con el constante trato de los hombres, con el conocimiento del mundo, que sólo se adquiere viajando y estudiando en cada país la idiosincrasia de los pueblos y de las naciones, criterio que es extraño en estos países tropicales y que suele ser acremente censurado, y es bien sabido el retraimiento en que vivió nuestro grande hombre, y cuán lamentable fue para la república que no hubiese visitado a Europa y América. En suma, el nombre del canciller Suárez lo guardará el patriotismo colombia-

no con veneración y gratitud al lado de los de Gual y Lino de Pombo.

En el gobierno, como primer magistrado de la nación, el señor Suárez mostró extraordinarias capacidades que aún no han sido reconocidas, pero que cuando se estudien con el criterio frío del historiador, habrán de ser apreciadas en su verdadero valer. La época, las circunstancias del momento en que empuñó las riendas del gobierno eran por extremo precarias. Las arcas públicas no solamente estaban vacías, sino que un considerable déficit pesaba sobre el erario. La guerra grande, que había perturbado la economía del mundo, extendía sus estragos y parecía estrangular a nuestra república. El país era presa de grandes trastornos económicos, fiscales y monetarios. El eximio gobernante, avezado a las labores del gabinete, consumado en las ciencias divinas y humanas, maestro insuperable de humanidades, encanecido en el estudio de los graves negocios internacionales, se encuentra de pronto en presencia de problemas para cuya solución se hacía preciso el conocimiento de la economía y la finanza, en cuyo estudio parecía que no hubiese puesto sus pensamientos. Empero, al punto se da cuenta de los orígenes y de las causas de la situación y de la necesidad de atacar el mal en sus primitivas fuentes. Advierte pronto que el país está exhausto y que es preciso estimular la producción facilitándole transportes económicos y rápidos, y sin parar mientes en la miseria del erario, que casi paralizaba la administración pública por falta de recursos para alimentar el ejército y la policía, los hospitales y las cárceles, el poder judicial y la instrucción pública; en fin, todo el tren de empleados de la nación; acomete con temerario empeño la terminación del ferrocarril del Pacífico y adquiere para la nación la propiedad de la empresa, que estaba a punto de caer en peligrosas manos

extranjerías; adelanta el ferrocarril del Tolima; reivindica el de Girardot; inicia trabajos en los del Norte por uno y otro extremo; emprende la limpia del canal del Dique y los estudios para mejorar la navegación del río Magdalena, y para la apertura de las bocas de Ceniza; contrata el establecimiento formal del telégrafo inalámbrico; amplía el terrestre y mejora sus servicios; impulsa la construcción del muelle de Buenaventura, y multiplica sus actividades en todas las obras públicas que contribuyan a la producción de riqueza. Y para la realización de este costoso plan no vacila en privar a la administración de muchos de sus servicios ordinarios, alimentando tan atrevidas empresas con los exiguos recursos de tesorería y con el crédito interno, tan quebrantado en la ocasión. Recorre el país yendo hasta los confines de la república para alentar a los pueblos, para infundirles confianza en el porvenir, pero sin aparatos ni ostentación, y así prepara para sus sucesores en el gobierno una época de prosperidad, cuidándose eso sí de adquirir compromisos de dinero en el exterior y de pignorar la indemnización americana, cumpliendo así su propósito de que esos dineros fueran invertidos por el país una vez que él hubiese terminado su período de gobierno. Al mismo tiempo, se ocupa en resolver equitativamente en forma amistosa los múltiples conflictos que de tiempo anterior tenía el país entre manos en compañías extranjeras, de manera que sus sucesores encontraran expedito el camino. En su primer mensaje recomienda el injerto de las legislaciones sabias con la nuestra, vetusta y defectuosa, y la fundación de un gran banco de emisión, pensando siempre en que los dineros que el país habría de recibir al aprobarse el tratado del 6 de abril, debían ser utilizados para el desarrollo de este vasto plan. Preparó el surco,

sembró la semilla y la nación ya está saboreando el abundoso y sazonado fruto.

Sin apartar la vista de la estrella polar, como él decía, no con ánimo sumiso como malévolamente se ha dicho, sino para precaver a la nación de los desastres de cierta política criolla, al tiempo mismo que rechaza los términos de un protocolo sugerido por el senado de los Estados Unidos, lesivo de la soberanía nacional y de nuestro derecho público, se esfuerza por obtener la aprobación del famoso tratado con los Estados Unidos.

Cuando todos estos designios que consideraba trascendentales para la vida y para la prosperidad nacional le embargaban toda su atención, surge en la Cámara de Representantes una confabulación de elementos heterogéneos que injustamente acusa al Presidente por motivos baladíes y pone veto a los asuntos administrativos e internacionales que el gobierno recomienda con urgencia a las cámaras, amenazando paralizar la acción oficial sin miramientos por el porvenir de la república. Es entonces cuando el egregio mandatario por medio de un acto sublime de patriotismo, de desprendimiento, de abnegación, se separa voluntariamente del gobierno y se entrega a sus enemigos con la condición de que lo juzguen y de que le den solución satisfactoria a los graves asuntos propuestos por él para salvar los intereses permanentes de la república. Este hermoso ejemplo se señala hoy en la historia americana como la nota más alta de la democracia y como el sacrificio más noble de un hombre de estado.

Los últimos años del gran colombiano los describe *Luciano Pulgar* en las páginas más hermosas de la literatura castellana en una forma en que el publicista y el filósofo, el historiador y el erudito, el político y el sabio, confunde a sus adversarios y justifica ante la pos-

teridad la labor benéfica para la república, del magistrado escarnecido y vilipendiado.

Por felicidad, quiso el Omnipotente que el mártir de la democracia fuera ungido con la glorificación pública antes de que se apagara su voz y se cerraran sus ojos. Y ahora la gratitud nacional cubre la losa que guarda sus cenizas con los laureles del triunfo mientras el bronce perpetúa su memoria en la tierra.

Filosofía de los pueblos orientales

LA PERSIA—EL MAZDEISMO

Después del brahmanismo la concepción filosófico-religiosa más antigua parece ser el *mazdeísmo* (ciencia universal), palabra derivada de *Mazda* (omnisciente), nombre del Dios bueno de los antiguos persas. Luengos siglos antes de nuestra era una rama de arayos de las montañas del Asia central se estableció en la meseta situada entre el mar Caspio y el golfo Pérsico o sea, en el Irán (país de la luz). La mitad occidental del Irán es la Persia donde se estableció el pueblo *zend*. Bactriana, una de las provincias vecinas que en tiempo de Darío forma ya parte del imperio persa, es considerada como teatro de una reacción religiosa contra el panteísmo brahmánico y como cuna del autor u organizador de esa reacción, el célebre Zoroastro.

Dúdasé en qué siglo vivió este personaje llamado *Zarathustra* por los persas. Plutarco le pone cinco mil años antes de la guerra de Troya, Eusebio de Cesarea y San Agustín le hacen contemporáneo de Abraham o de la reina Semíramis, Burnouf y Spigel le señalan 25 siglos antes de Cristo. Incierta es también la calidad de Zarathustra; hay quien supone que fue rey o jefe de Bactriana y que murió en una invasión de los turanios, tribus del